

VALDELOMAR VIAJERO

Por Ismael Pinto / Academia Peruana de la Lengua

Sumilla: Relación de los viajes de Abraham Valdelomar por el Perú.

Estamos conmemorando el primer centenario de la aparición de *El Caballero Carmelo*, ese hermoso y emblemático cuento que los años y sus siempre renovados lectores han colocado entre nuestros clásicos inamovibles; relato que se mantiene entrañablemente vivo en el amplio mundo de la literatura peruana de ayer a hoy. El cuento con el que Valdelomar ganó el concurso de narración que promovió el flamante diario *La Nación*, que se lanzó a competir, en el año de 1913, con la prensa limeña ya establecida.

Cinco años más tarde, en el año 1918, *El Caballero Carmelo* aparece como libro con el sello editorial de los Talleres Gráficos de la Penitenciaría de Lima. Y año en el que la vida de Valdelomar toma un singular rumbo. El atildado periodista de *La Prensa*, el Conde de Lemos, se convierte en un elegante y atildado conferencista-viajero que, sin él lo supiera, tenía ya un fin anunciado y una meta insoslayable que lo esperaba en la lejanía.

Y Valdelomar viajero, es el título de esta conferencia, que se presta a un cierto equívoco. De acuerdo con el título se podría ubicar al autor de *El Caballero Carmelo*, como un curioso y atrevido viajero, fatigando los viejos polvorientos y peligrosos caminos del Perú, en simpáticos y placenteros paseos turísticos y de divulgación cultural. Ya en plan de vacaciones, ya en un curioso afán de ensanchar horizontes y respirar nuevos y renovadores aires provincianos. No obstante, quienes conocen las interioridades de su biografía saben que ese tour se debía también a que la tornadiza Lima, ya por aquel entonces, había comenzado a mostrarse un tanto esquiva y agresiva con el disforzado escritor.

Al hablar o referirnos a Valdelomar viajero debemos hacer una precisión: viajero por el norte del Perú. A demás que implica mucho más que el simple adjetivo calificativo que gráfica ese hecho. Es asistir al punto de quiebre de una vida fecunda, que se hallaba en la plenitud de sus facultades creadoras. La del intelectual que había vislumbrado, en esos momentos, un nuevo espacio de comunicación y las ventajas que este implicaba: su trato directo, una empatía sin intermediarios, con el público, que iba más allá de la simple publicación de libros, o de escribir en revistas y periódicos. Luis Alberto Sánchez, su más enterado biógrafo y también amigo del autobautizado Conde de Lemos, en ese hermoso libro que es *Valdelomar y la Belle Epoque* nos dice que por aquel entonces el joven escritor “estaba casi a punto para la acción y maduro para la pasión”.

Quizá se le olvido acotar a LAS aquello que Heidegger nos lo recuerda brutalmente: que el hombre está maduro para la muerte desde que nace. Lo cierto es que su larga gira que enunciaba

un ambicioso proyecto intelectual y de vida, denunciaba un inocultable accionar que iba revestido de una entusiasta pasión, que trascendía el mero hecho de desconcertar a sus rendidos admiradores como también de molestar a sus entusiastas detractores, o de recibir el halago fervoroso de los intelectuales de provincias.

Pero vayamos por partes. Cómo se operó en Valdelomar esta nueva y novedosa faceta de conferencista viajero, que en su breve y fulgurante paso dejó una estela luminosa que aun alumbra y persiste, como un fuego fatuo, en la memoria colectiva de los pueblos y ciudades del norte y del sur de nuestro país, que visitó y encantó con sus desplantes y su palabra de conferencista casi profesional.

Hoy, a Valdelomar, desde nuestra lejanía, lo vemos y lo pensamos como una persona mayor. Casi siempre olvidamos que, en ese lejano tiempo, tan solo acababa de cumplir sus definitivos treinta y un años de edad, iconoclastas, desprejuiciados, insolentes y divertidos. Que tenía las virtudes y el encanto de una suerte de niño genio malcriado y las caídas y oscuras exigencias de un cuerpo que a veces lo traicionaba. Y, como a Hölderlin, o, a Rimbaud, los dioses no le concedieron un verano más. Y si él no lo sabía, su obra ya estaba completa, como también su vida. Su tiempo se había agotado y los dioses se lo reclamaban.

Lo cierto y comprobable en lo que se refiere a Valdelomar como viajero y conferencista, empieza en el año 1917. En la época que el joven Valdelomar, había alcanzado sus desafiantes e insolentes 29 años. Y tiempo en que era el amo y señor del *Palais Concert* y del mundo literario limeño. El mago de las frases deslumbrantes y plenas de sarcástico humor, que sacaba de sus casillas y exacerbaba a sus gratuitos y envidiosos maledicentes. El personaje que el mismo se había creado a imitación de Oscar Wilde. Y, personaje que, igualmente, recibía el aplauso y la admiración incondicional de su legión de seguidores e imitadores, tanto limeños cuanto provincianos.

Según Sánchez, del señor Conde de Lemos “descubre” las posibilidades de convertirse en conferencista-viajero, luego de una histórica y divertida charla, que título *Brillantes inconexiones estéticas*, que ofreciera, por invitación de los sanmarquinos en el Centro Universitario. Para asombro y delicia de los oyentes fue una hermosa “página autobiográfica” a la par que “un reiterativo canto a la juventud”.

A lo anterior, y ante ese novedoso descubrimiento, y en la urgente necesidad de poder ganarse la vida, no solo escribiendo, sino recorriendo el Perú, premunido tan solo de su palabra, vino a considerar muy en serio esa simpática posibilidad; si bien es cierto, también, que no quería estar nuevamente atado a un escritorio con horarios agotadores y soportando a energúmenos que no entendían poco o nada del arte y de la vida.

Y aquí debemos tomar muy en cuenta, que el señor Conde de Lemos tuvo que abandonar el diario *La Prensa*, que la había comprado don Augusto Durand, un conspicuo pierolista. Tampoco olvidemos que Valdelomar, había trabajado y hecho campaña por el defenestrado presidente Billinghurst, había sido director de *El Peruano*, y luego agregado de la embajada del Perú en Roma. Para deshacerse del ya de por sí incomodo periodista, el nuevo dueño se aprovechó de unas

pequeñas vacaciones del Conde de Lemos, en el norte chico, para ocupar su columna diaria, y en ella atacar e insultar a más de un amigo del titular de la columna. A su retorno, dicha suplantación originó un cuasi duelo y el obligado alejamiento de Valdelomar, de *La Prensa*, que había sido su casa por algunos buenos años. El golpe fue duro y no oculto su molestia. Inmediatamente se hizo colaborador de *Sudamérica*, la revista semanal que bajo la dirección de Carlos Pérez Cánepa, había sido la sucesora de *Lulú*, el pequeño hebdomadario de frivolidades en que Mariátegui publicó sus sonetos místicos. Allí inauguró una columna que tituló *Fuegos fatuos*. Y medio entre burla y veras hacía saber a sus lectores:

Yo era hasta hace unos días, redactor de un diario. Este diario indemnizaba con la mezquina y despreciable suma de veinticinco libras mensuales, el malestar pensante que me ocasionaba ir al periódico de vez en cuando. Yo creía que mi visita hebdomadaria al periódico y un artículo brillante de tarde en tarde, eran bastante retribución de parte mía por las veinticinco libras, además, yo a veces solía decir: -buenas tardes compañeros; aunque las veces que tenía esa clase de generosidad no se me aumentó el sueldo. Un día por fin, acabó esa tortura dantesca. ¡Ah! Ustedes ignoran lo que significa salir de un periódico. Es como darse una ducha. La vida toma otro aspecto; todo nos sonrío....

Los primeros tanteos que vislumbraron la senda a seguir del futuro conferencista peripatético se habían dado en sus cortas vacaciones norteñas: Recitó ante una pequeña multitud, en Huacho, esa magistral pieza de enfervorizado patriotismo que es su *Oración a la bandera*, que empezaba como una lenta letanía que iba elevando el tono y el sentimiento: *¡Bandera, ala de la victoria, puro símbolo de la libertad!... Bendita y adorada seas por los hombres de sano corazón y fuerte músculo, bendita y alabada seas por los niños de casto corazón y ágil impulso....* Mellopea que alcanzaba un crescendo magnífico y de imprecación terrible: *¡Malditos sean los que no siguen tus colores, malditos sean los que no te adoren de rodillas, los que no sueñen con tu grandeza!*

Y en el histórico y ya por aquel entonces viejo balcón de Huaura, desde el que San Martín proclamó la Independencia del Perú, el señor Conde de Lemos dejó escuchar su emotiva *Oración a San Martín*: *¡Ruega señor por la felicidad del Perú; ruega porque siempre sepamos ser libres; ruega porque nunca tengamos tiranos; ruega porque tengamos siempre la fuerza y el patriotismo de destruir la tiranía y defender la libertad.*

A su regreso del norte chico, Valdelomar se fue a vivir a Barranco. En una larga entrevista que es más un sugestivo autorreportaje –entre comillas-, que le hizo un periodista del semanario *Balnearios*, el Conde de Lemos, entre otras respuestas deliciosamente irritantes para reventarles el hígado a quienes le cuestionaban, indignados, desde su apócrifo título hasta sus insolentes quevedos, interrumpiendo al entrevistador, le dijo con su voz aflautada: *No, no quiero hablar. Hoy estoy inteligente, hoy quiero escribir. ¡ Que cosas tan nobles podrían escribirse bajo la paz de estos*

jacarandas! Yo quiero mucho lo que escribo. Cuando tenga hijos, los querré tanto como a mis artículos!

Y para echar más leña al fuego y avivar ciertas iras ya de por sí candentes, para finalizar la entrevista agregó: *Son las seis. Vámonos de aquí. Yo no quiero estar aquí. Esto me aburre. Ya comienzan a llegar hombres gordos. Me manchan el paisaje. Váyase usted un momento. Déjeme solo. Al crepúsculo prefiero estar solo. Pero, no se moleste. Yo soy más amigo del crepúsculo que de usted. Véalo, qué lindo: sangre, sangre, sangre, nubes, ideas, tristeza, muerte...*

Del Barranco y para estar más cerca de su libro que estaba en pleno proceso de impresión, Abraham se fue a vivir en un pequeño departamento, que se encontraba en una vieja casona ubicada en la plazuela de la Penitenciaría. Allí, calzando sandalias y embutido en un pardo y oscuro sayal franciscano recibía, como en un rito pagano, tanto a sus amigos cuanto quienes, como peregrinos de provincias, tocaban su puerta para dejarle el óbolo de su admiración. Empezando el mes de mayo, un buen día Valdelomar, tomó el tranvía que pasaba por La Colmena y en rumbo al Callao, para ir a embarcarse en el vapor *Ucayali*; lo acompañaron hasta el muelle un nutrido grupo de amigos y admiradores. Empezaba tan solo la primera parte de un largo peregrinaje, que lo llevaría, finalmente, y después de fatigar el sur, a su destino final en Ayacucho.

Y es a través de los medios, en especial de la revista semanal *Variedades*, que Lima y los innúmeros lectores empiezan a enterarse de los avatares del conde viajero. En su entrega del 28 de setiembre de 1918 (pg. 552) y bajo el título de *La Gira en Provincias de Abraham Valdelomar* se hace saber que:

Abraham Valdelomar, el conocido literato cuyas producciones ha seguido con tanto interés el público y cuyo “Caballero Carmelo”, libro de cuentos, ha llamado justamente la atención pública, ha proseguido con éxito su gira a través de las provincias más importantes del norte de la república, donde ha ofrecido una serie de conferencias sobre tópicos literarios, históricos y culturales. El Conde de Lemos, cuya personalidad literaria es tan apreciada en nuestros círculos intelectuales, después de pasar por Trujillo, Pacasmayo, Cajamarca y Chiclayo, se encuentra en Piura donde ha sido objeto de diversos agasajos.

El texto incluye una vista del almuerzo que le ofreciera un grupo de admiradores en la capital del Chira. (incluye dos fotos que tienen el crédito de Foto Montero)

Mientras el Conde de Lemos recorre en triunfal gira los pueblos y hasta caseríos del norte, en Lima Clemente Palma en su buscada y leída columna de Artes y Letras, se refiere de pasada a Valdelomar y *El Caballero Carmelo*, libro que se acabara de poner en circulación. Y al mismo

tiempo que ofrece dedicarle una sustanciosa crítica más adelante, y entre algunas pequeñas mezquindades y atribuirse el mérito de ser el descubridor del talento valdelomariano señala:

El Caballero Carmelo admirable colección de cuentos de Valdelomar, el más teatral *poseur* de los escritores jóvenes (lo que hoy se llama un *figuretti*) y quizá el único que tiene derecho a cometer una serie de tonterías y artificiosidades de los que es el primero en reírse, este Valdelomar primitivo pintamonos (fue ilustrador de Aplausos y Silbidos, de Cinema, y de Monos y Monadas) cuyo talento y gran instinto artístico descubrí hace diez años". Don Clemente, cumplió con lo prometido dos semanas después: el 11 de mayo:

Finalmente, el señor Conde de Lemos luego de fatigar concienzuda y alegremente caminos, pueblos y aldeas, le cansado y optimista viajero recaló en Lima, finalizando el año 18. Siguiendo a *Varietades*, en su entrega del 7 de diciembre del mencionado año leemos, como en un gran fresco informativo y al mismo tiempo como un magnífico balance, lo que significaron las conferencias del señor Conde de Lemos en los acogedores pueblos del norte. Leamos primero la presentación que hace *Varietades*, esto es el Conde de Lemos, por el Conde de Lemos, como bien lo explica la nota introductoria del susodicho texto que es el mejor y más complejo mapa de su itinerario:

Abraham Valdelomar, el popular autor de "El Caballero Carmelo", ha regresado de su larga gira por el norte del Perú, donde ha tenido un éxito extraordinario y donde ha cosechado brillantes y merecidos triunfos. He aquí el primer artículo que ha salido de la pluma del Conde de Lemos después de su viaje. Valdelomar publicará en breve un libro, con el texto de sus interesantes conferencias y con una serie de crónicas de su viaje. Acompañamos algunas notas gráficas sobre esta excusión que, seguramente, ha de ser de resultados provechosos y fecundos para el desarrollo de la cultura cívica y artística de todos los pueblos donde ha dejado escuchar su palabra vibrante nuestro celebrado artista.

Y aquí la palabra de Valdelomar en este autorreportaje, que es la mejor síntesis que se ha hecho de su periplo norteño:

De Lima a Trujillo. De Trujillo a Ascope. De Ascope a Salaverry. De Salaverry a Pacasmayo. De Pacasmayo a Chilete. De Chilete a Cajamarca. De Cajamarca a Chepén. De Chepén a Guadalupe. De Guadalupe a Zaña. ¡Oh Zaña, tus rojas ruinas entre los pantanales y los tomices verdes! De Zaña a Chiclayo. De Chiclayo a Etén. De Etén a Piura. De Piura a

Sullana. De Sullana a Catacaos. De Catacaos a Muñuela. De Muñuela a Sechura. De Sechura al Callao. De un punto a otro punto. De una ciudad a una aldea. Puntos de partida. Caminos. Estaciones. De hotel a hotel. De teatro a teatro. De alma a alma. De la costa a la sierra. De la Nada a la Vida. De la Vida al Dolor. Del Dolor al Arte. Del Arte al Amor. De todo, al Silencio. De la vida a la Muerte. ¿Por qué?

Noche de luna sobre la solemne ciudad muerta de Chanchan, en Trujillo; alegre sol sobre los arbolillos de Ascope; hostilidad salina en Salaverry; morros, frente al mar, coronados por las tumbas del Cementerio donde las cruces son como los mástiles de una escuadra fantástica, en Pacasmayo; sencillez aldeana, encantadora ingenuidad, campesino candor el de Chepén; arruinada y renaciente magnificencia en Guadalupe; incomparable, solemne, grandiosa y única belleza la de Cajamarca, trabajadoras huestes, indiferentes y dispersos grupos, espíritu comercial, hostil al dulce son de la lira; pueblo objetivo, con un par de grandes virtudes: trabajo y patriotismo, Chiclayo; pueblo que se despierta con estrépito, Etén; encantador y ardiente paraíso, nido blando, acogedor reposo, magnificencia, belleza, incomparable inteligencia, arrogancia viril ¡oh, Piura inolvidable! Quien pudiera morir bajo la sombra de tus algarrobos, viendo a lo lejos tus crepúsculos, escuchando el eco de tus voces amigas y cordiales!

En Lima, como en Sechura, en la paz de los campos como en la guerra de las confiterías; al borde de los maravillosos lagos especulantes de Muñuela, como en los sucios wagones de ferrocarril; en los iluminados salones y en las solitarias callejas, en todas partes, bajo todos los cielos, en todos los meridianos, todo es lo mismo, bajo diversos aspectos. Diversas sombras de un mismo cuerpo.

Unos pensaban que yo viajaba por cuenta, recaudo y beneficio de algún político, pero el texto de mis conferencias desvanecía en breve tales candideces. Otro creían que viajaba por negocio; pero se desconcertaban cuando yo rechazaba cobrar a los obreros y a las gentes del pueblo. ¿Por qué da conferencias? ¿Por qué recorre el Perú? ¿Qué busca? ¿Qué quiere? ¿Dónde está la ventaja?

-¿Por qué viajo? A vosotros respondo ¡oh preguntadores insatisfechos!, ¡oh curiosos bellacos!, ¡oh comentaristas malévolos!, ¡oh almas egoístas! Pero os responderé por partes: ¿por qué viajo? ¿por qué voy de aquí para allá, suspendido como un globo de jabón suspendido en un soplo de angustia? ¡Como un globo de jabón! Nunca encontré más justeza de comparanza. Sí, como un globo de jabón. De forma armoniosa, de vida frágil, desorientado, sin saber a dónde la romperá una guerra ignorada, sí, sin explosión ruidosa, copiando en su finor y precaria convexidad todos los paisajes, todos los aspectos, colores, formas, cielo y tierra, y, aunque los ojos miopes no la vean, copiando hasta el ave que pasa por el cielo azul y remoto, hasta la nube proteica que se despereza sobre el agudo monte, hasta la mirada rápida de una dulce pupila, hasta el rayo de sol que se filtra en la copa cupriferdosa de un viejo ficus; así es justa la comparanza de esta vida mía con

el globito de jabón, que, a pesar de todo ¡por que noi queridos preguntadores, está mi vida, como el globo de jabón, llena de viento.

Cuando sepáis, ¡oh vosotros que preguntáis por qué se viaja, y se va, y se cambia, y se enseña y se apostoliza, y se llora y se canta! Cundo sepáis darle todo su valor a esta palabra de ocho letras: Angustia. Cuando sepáis darle el valor justo a esta palabra de seis: Patria; cuando sepáis el sentido exacto de estotra de cuatro: Arte; cuando aprendáis, ¡oh preguntadores insensatos!, ¡oh queridos animales de mi corazón! el significado de estas palabras que para vosotros no tiene sino un valor fonético o visual, y que son, apenas caprichosas filas de letras: cuando comprendáis su trágica sustancia,, en la hora tardía y estéril ya, de una revelación pavorosa y de una siniestra comprensión, cuando sepáis, en fin, todo el dolor, el infinito dolor, el trágico privilegio, la monstruosa carga, la dantesca tortura, el divino y espantoso regalo que las Fuerzas Esenciales otorgan a un espíritu junto con las siete letras: artista, entonces querido preguntadores, no volveréis a preguntar.

¿Por qué se viaja? ¿Por qué se cambia, qué se busca? ¿Podría acaso responder? Hay fuerzas invisibles, hay manos que inducen, hay índices inexorables, hay vientos verbales, cielos elocuentes, horas, minutos, segundos en que se oye una voz hecha forma que nos dice desde el ritmo de un árbol, desde la forma ambulante de una nube, desde el color extraño de un momento, desde las garras velludas del Tedio: ¡Anda! ¡Fuga! ¡Peregrina con tu dolor. Y para no cansarte en el camino, tuerce en la rueda de tu juventud, con las madejas de tu dolor, la tela para tu bandera!

Se viaja... ¿quién sabe por qué? Sólo sé que se viaja, que es preciso, indispensable. Hay tantos caminos, tantas posadas, tantas fatigas, tantas estaciones, tantos días y tantas noches. Yo iba a recorrer uno de estos caminos, el más recto, el más hermoso, el más firme. Mi alma iba con los pies descalzos. Otros llevan el corazón en el pecho, si es que lo tienen. Yo lo llevo en las manos. He ido por el camino. Había espinas entre las flores. Iba cantando una nueva y fuerte canción y todos, en la sombra, despertaban. Los jóvenes salían a mi encuentro, me abrazaban y yo comprendía en sus pupilas castas, que me miraban como se mira a alguien que se ha esperado; escuchaban mis palabras como se escuchan palabras presentidas, y besaban mi bandera; los hombres viejos, al sentir mi canción vigorosa de juventud escuchaban pensativos y a menudo apartaban las espinas y deshacían los atajos; las madres lloraban, las vírgenes sonreían tiernamente escuchando la música de mis canciones. Iba caminando. Oscurecíase, por instantes el paisaje, pero se poblaba de luz nuevamente. A veces salían de la sombra voces sordas y estallaban, a manera de ciertos batracios, que cuando sienten ira, aspiran aire y estallan, estériles. ¿Qué decían mis canciones? Pocas palabras: Patria, Amor, Arte, Belleza, Dios..

Y aunque parezca fábula, estas palabras, que yo cantaba para ennoblecer mi angustia y para hacer fecundo mi dolor, han despertado a veinte pueblos, han reunido a treinta mil niños, han hecho llorar a muchas madres, han enternecido muchos espíritus; han dejado profundos surcos en mi cerebro, y están rebosando miel de gratitud los

alveolos de mi corazón, como rebosan los panales de miel dorada, en los setiembreros primaverales, cuando en las frondas perfumadas por los azhales castos, brillan al sol, zumbando las abejas de oro.

En medio de toda esa zarabanda de ires y venires, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de hotel en hotel, romper rutinas provincianas, de asistir a homenajes cuasi oficiales, y a regadas comilonas campestres y urbanas. De practicar el viejo rito de la amistad entre viejos amigos y nuevos catecúmenos, vamos a destacar tres momentos de ese memorable viaje.

Empecemos por el último, que tuvo lugar en Piura, y que en un trabajo puntual de Néstor Puertas Castro, titulado *Recuerdo y presencia de Abraham Valdelomar* aporta el más emblemático y sugestivo testimonio del desinhibido y provocador Conde de Lemos. El mismo que tuvo en lugar en Muñuela, un distrito de Catacaos, en lo que fue la hacienda "La Bocana", y, allí cerca en la pequeña laguna de Chalaco. Allí el señor Conde de Lemos, bien por el calor apabullante, bien por emular a sus admirados griego, se hizo fotografiar por Víctor Chávez Zamudio, un anticuario lugareño que se dedicaba a la fotografía, cubierto tan solo por una corona de pámpanos en la cabeza, y unas cuantas ramas no muy artísticamente colocadas en sus partes pudendas. Se le ve en la foto como un muchachón algo gordezuelo, lampiño, la mano derecha sobre su cabeza y reposando en una rama, y la izquierda apoyada en la cadera. Su mirada, un tanto sorprendida, es como una interrogante. Un Baco, o un Dionisio, anunciando la bacanal. O, mejor, un Ganimedes desafiante. La foto estuvo perdidapormuchos años, hasta que Puertas Castro la desenterró, y don José Flores Araos en una conocida revista de cultura se atrevió a publicarla.

Otro hito en el periplo norteño de Valdelomar que merece resaltarse fue lo acontecido en Cajamarca. Por aquellos años la familia Puga era la más prominente de la ciudad. Su alcalde era José Mercedes Puga, hacendado que conjuntamente con sus hermanos Nicolás y Pelayo eran las cabezas visibles y terratenientes con poder económico y político, tanto local cuanto en todo el departamento. A ellos se unía doña Amalia Puga de Losada, a la sazón ya viuda del escritor colombiano Elías de Losada y con el prestigio nacional e internacional de ser la autora de libros varios de cuentos, poesía, novela, ensayos, una autora que sucedió e iba por la ruta trazada por doña Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto.

En Cajamarca, Valdelomar supo conjugar salomónicamente la denuncia a lo Manuel González Prada con el arte, la literatura y también algo de religión. Pero vayamos por partes. El miércoles 26 de junio en el teatro Cajamarca no cabía una aguja. El conferenciante fue presentado nada menos que por el señor alcalde de la ciudad, don José Mercedes Puga y el tema que abordó tenía que ver con *El sentimiento nacionalista*, y otro tanto con reivindicaciones sociales. En cuanto a lo primero, no olvidemos que por aquellos años Tacna y Arica, las provincias cautivas, se

hallaban en poder de Chile, que se negaba mañosamente y en todos los idiomas a realizar el plebiscito por el que las cautivas optarían por volver al seno de la patria, es decir al Perú. Y, en cuanto a lo segundo, lo dicho por Valdelomar tocó cuerdas locales un tanto sensibles en la conservadora sociedad cajacha. Veamos lo que dice en su perorata el señor Conde:

Patria: Ten piedad de los que han olvidado el noble sentido de tu himno glorioso, somos libres, cuando tenemos provincias cautivas; somos libres cuando en nuestra sierra hay esclavos y no hay escuelas; somos libres cuando en las regiones andinas hay látigo y no hay libro; somos libres, en el Perú, cuando hay gamonales y no hay ciudadanos...

No hay registro de la reacción exacta que sus palabras produjeron en el auditorio, que era la elite y la clase social más notable de la ciudad, que era quienes habían elogiado y agasajado a Valdelomar. Y tanto que un personaje notable, de las familias patricias, don César Castro Méndivil-comentario, que también dragoneaba por los predios de la literatura, leyó un enjundioso ensayo sobre La psicología del gallinazo, artículo publicado en La Prensa, en abril de 1917, y que le había merecido el Primer Premio Presidente de la República, otorgado por el doctor Manuel Pardo. Título y trabajo que hacían ostensible la presencia literaria de Valdelomar en es ciudad andina. Pero ahí no quedó el homenaje. El músico y compositor local don Clotario Burga, interpretó de su autoría la Marcha Final El Conde de Lemos. Para redondear este calidísimo hemenaje doña Amalia leyó, dedicó al joven conferencista su trabajo El ara del sacrificio. Valdelomar, galante y agradecido le dedicó su poema Angelus, cuyos seis primeros versos dice: *¡Paz del campo! Espiga amarilla / del trigo, semilla del pan ¡ / ¡Paz del campo! Amorosa y sencilla / zagalilla que ata la gavilla / con los verdes juncos que los prados dan.*

Para terminar este fin de fiesta apoteósico, el clan de los Puga, con doña Aamalia a la cabeza ofreció un ágape memorable al ilustre visitante, donde se dio cita lo más empingorotado de la sociedad cajamarquina. Allí se le hizo entrega al señor Conde de Lemos una pluma de oro que le fue entregada con esta memorable carta, firmada por los miembros de la familia Puga. La carta dice así:

Señor Valdelomar:

Nosotros los hermanos de Amalia Puga de Losada, a quien noblemente ha elogiado usted con su maravilloso talento, en nuestro propio nombre, e interpretando el sentir de gratitud de nuestro sobrino ausente (entre paréntesis Cristóbal de Losada y Puga, que llegaría a ser Director de la Biblioteca Nacional del Perú, hasta los años sesenta del pasado siglo, además de uno de los más eminentes profesores de la PUCP, en el campo de las matemáticas puras) queremos ofrecerle un recuerdo tangible de su paso por Cajamarca y poenmos en sus manos esta pluma, obra de un hábil artífice de la ciudad. Ella tiene

grabados el prestigioso monograma de usted y la fecha de su visita a nuestro suelo, que es también el de nuestra amistosa alianza; y para halagar el vivo patriotismo de usted hemos querido exornarla con una reminiscencia de nuestra bandera nacional. Conserve usted pues, esta pluma como prenda del reconocimiento de una familia que siempre guardará de usted gratas memorias.

Ya en Lima, Valdelomar continuara elogiando cariñosamente a doña Amalia y recordando su amable y placentera estada en la señorial Cajamarca. Así publica en la crónica un artículo en el que señala el señorío afable y la ponderación literaria y personal de doña Amalia:

Sin la pesadez majestuosa y abotagada, sin la ostentación erudita y sebosa de la ilustre condesa de Prado y Bazán, la señora Puga posee el estilo más clásico, más puro y cristalino de todos nuestros escritores. Ameno, movido, inquieto y armonioso como el lomo de un arroyo en la serranía, gracioso con esa gracia castellana de noble cepa, por sus obras pasa el alma de un pueblo...

Mejor homenaje no le pudo hacer el señor Conde de Lemos, a doña Amalia Puga de Losada. Homenaje que se renueva cada vez que se rememora el viaje de Valdelomar a Cajamarca, tal cual ahora se ha hecho.

Finalmente, el otro punto a destacarse en esa peregrinación norteña, es la estada de Valdelomar en la ciudad de Trujillo. Allí se encontró con la flor y nata de que en poco tiempo sería el brillante grupo Norte, que integraban José Eulogio Garrido, Antenor Orrego, Juan Espejo Asturrizga, el músico Carlos Valderrama, Juan Espejo Asturrizaga, Macedonio de la Torre, Carlos Manuel Cox, Manuel Vasquez Días, también, entre otros Cesar Vallejo y Víctor Raúl Haya de la Torre, que se hallaban en Lima. Y si ya Trujillo se hallaba algo inquieta por la puesta en escena de la obra *Triunfa vanidad*, de la secreta autoría de Haya de la Torre, que era una defensa sentimental a las calabazas que había recibido Vallejo de una pantorrilluda damita trujillana, pues la presencia del inquieto Valdelomar, vino a encrespar aún más las aguas intelectuales trujillanas.

La primera conferencia fue un 12 de mayo. Las invitaciones a l evento llevaban las firmas del señor prefecto, el señor alcalde y el rector de la universidad. Sánchez agrega zumbón que allí solo faltó la firma del Obispo. Los reportajes de esa época, nos cuenta Sánchez no se hicieron esperar. Todos los diarios de Trujillo entrevistaron al visitante, que hizo públicos cien proyectos que pensaba realizar, además avisando al sur, que próximamente iría a visitar, Arequipa, Puno, Cuzco y Moquegua. También anunció que tenía programado visitar Guayaquil y Quito, sobre todo Guayaquil donde el Conde de Lemos tenía una legión de apasionados admiradores, entre ellos un

estupendo joven poeta que lo imitaba en el vestir y en el decir: Luis Ángel Silva, que terminó suicidándose a los veinte años.

Después de cada conferencia, una orgía poética. En una de ellas, en la casa del músico Carlos Valderrama, se llevó a cabo la famosa y siempre recordada coronación de Valdelomar. El Conde de Lemos –anota LAS– en un arranque o paroxismo estético y acaso algo más, se tendió en el suelo y pidió que lo cubrieran de rosas. Uno a uno, relata LAS, sus báquicos compañeros desfilaron frente a él dejando caer puñados de pétalos fragantes... El Conde de Lemos quedó como sepultado bajo ellos.

Y teniendo como guía oficial y baqueano conocedor de ese rico periplo trujillano, LAS anota: Boquiabiertos, dispuestos a seguir cualquier liturgia extravagante con tal de mantener las consideraciones del visitante, los adolescentes Eloy Espinoza, Manuel Vázquez Díaz, Agustín Haya de La Torre y Julio Gálvez Orrego –que años más tarde le pagaría el pasaje a Europa a vallejo– seguían embobados la sucesión de desplantes con que endulzaba sus tristezas el Conde de Lemos. Desde la alfarería precolombina hasta las relaciones de la Iglesia con el estado, desde el arte de la caricatura hasta la danza y la novela; desde las corrientes políticas contemporáneas hasta el criollismo y el neo criollismo literario, todo fue tratado por Valdelomar en teatros llenos de un público que pagaba puntual y gustosamente la entrada para oír un torrente de paradojas y deliciosas insolencias.

Todo eso acabo cuando el Conde de Lemos, abandono Trujillo, y por tren se dirigió a Salaverry. De allí, otros horizontes norteños lo esperaban.